

Antonio Gala

La regla de tres

Donde el amor
se atreve a decir todos sus nombres



Un novelista, Octavio Lerma, bisexual, se retira a una isla para escribir un libro que puede titularse *La enfermedad mortal*. Todas las personas que lo amaron sucesivamente han muerto. Sobre esa amenaza de su amor mortífero se propone reflexionar con la mayor serenidad posible.

Sin embargo, nada más llegar a la isla, se enamora de una mujer fascinante, Aspasia Martel. Y no tarda en caer también enamorado de Leonardo, un hombre bastante más joven, al que trata de seducir contradictoriamente. Ésta es *la regla de tres* que acaso resuelva los interrogantes de Octavio o acaso le plantee un problema más grave. Porque quien en esa regla multiplica ha de estar dispuesto después a dividir.

El novelista escribe, pasado algún tiempo, el relato de su peripecia amorosa en la isla y en otros lugares donde los tres amantes coincidieron. E intercala fragmentos del libro inacabado que entonces escribía. Tales fragmentos informan a los lectores, sobre el erotismo sufriente y complicado del escritor, pero no a éste sobre sí mismo. Quizá porque el corazón no aprende, y porque, aunque lo hiciese, el amor no se repite nunca.

Los tejidos de la imaginación se urden con los persistentes hilos de la realidad. Pero el dibujo de esos tejidos no siempre tiene que ver con el de la vida: el tejedor y el telar —para mal o para bien, sin querer o queriendo— lo desfiguran.

Que nadie vea en este libro unos personajes, una geografía, una historia, unas palabras, que hayan existido exactamente como los personajes, la historia, la geo-

grafía y las pa-
labras que
aparecen en
él.

ANTONIO GALA

Introducción

Las páginas que sigan tratan de reflejar una justificación ante mí mismo. No respondo de su coherencia, ni de su capacidad, ni de su número: es muy probable que deje, en cualquier momento, de escribirlas. En el fondo, me parecen inútiles; pero escribir es mi oficio y mi más eficiente manera de pensar. Sin embargo, ¿qué justificación podrá expresarse en el impreciso idioma del amor, que con tanta frecuencia dice lo contrario de lo que se propone? ¿Y es además el amor lo único que me mueve a escribir, o es más bien el remordimiento?

Sé que esta exculpación será lo último que escriba: ni mi corazón ni mi cabeza están ya para literaturas. De ahí que me exponga más apasionada que ponderadamente, como quien confiesa un crimen que no se cometió nunca, o acaso sí, pero del que sólo fue cómplice. Porque siempre hay un crimen cuando se ama o se deja de amar, cuando se huye del amor o él huye de nosotros. ¿Quién no ha sido cómplice alguna vez? ¿Quién no ha colaborado con la muerte?

Yo necesito oírmelo decir mientras lo escribo. Necesito contarme todo otra vez desde el principio: las conductas también requieren ser descifradas, porque no nos mentimos con las palabras sólo. Necesito ordenar, en cuanto sea posible dentro del desorden que supuso, todo lo sucedido. Necesito recapacitar sobre aquella tentativa que iluminó un año de mi vida antes de que sea tarde, antes de que sea demasiado tarde, si es que ahora no lo es ya. Aunque espero que la persona a la que este relato se dirige, lo lea o

no lo lea, goce de muchas más facultades de recuperación que yo.

Quizá a través de todos los fragmentos, y a pesar de la dispersión de esos fragmentos, de los que forman parte las presentes páginas, pueda ser conseguida —acaso no por nosotros, sino por quienes nos reemplacen— la unidad. Igual que se consigue la unidad de un escrito, de una persona y hasta de una vida entera. Ojalá se haga real esta tenue esperanza.

OCTAVIO LERMA

Primera parte

Uno

Una azafata me trajo la invitación del comandante. Había comenzado el descenso. Podía pasar a la cabina para contemplar la llegada a la isla y el complicado aterrizaje. El comandante, a la izquierda, y el copiloto se volvieron para saludarme. Apenas los miré. Me percaté sólo de la sonrisa cazurra del comandante y de su pelo canoso. Veía el cielo abierto frente a mí, las nubes tumultuosamente rasgadas, y abajo, el mar. Me recomendaron sentarme como está reglado: yo no daba ni con el tirador del trasportín, ni con el posapiés, ni con el resorte del cinturón de seguridad. El segundo piloto, mucho más joven, me ayudó con amabilidad y una sonrisa.

—Usted no tiene más que saber escribir. Déjenos a nosotros lo demás.

—Gracias —murmuré. Y luego, aturullado—: Me dejé en mi asiento el libro de notas y el rotulador, ¿podrían darme algo que los sustituyera?

El segundo piloto tiró de lo que me parecía una carta de vientos, y me alargó el trozo arrancado y el bolígrafo del bolsillo de su camisa blanca. Me cayó bien el color moreno de su piel, su negrísimo pelo ondulado y, después, su nuca, esbelta y poderosa al mismo tiempo, enmarcada por la simetría de sus hombreras con no sé qué galones.

La isla aguardaba tumbada, o más bien recostada, como un gran animal que se hace el muerto. Desentendida, pero acechante. Me gustó: allí estaría tranquilo. Me gustó ver, a cada segundo con mayor precisión, su rizada estructura de paquidermo inmóvil, moteada por las casas, y con

una gran mancha blanca, que presumí la capital, hacia la que convergían con rapidez ramblas que ahora confirmaba, barrancos, vaguadas, ventisqueros, tajos que divisaba con más y más detalles. No era una isla simple, ni el paisaje era idílico. Tampoco el aterrizaje debía de ser fácil con aquel farallón en pie, o con aquella montaña silenciosa y firmísima que se erguía, apoyándola, tras la ciudad junto a la que teníamos que posarnos.

De repente, me saltó a los ojos el verdor. Fue un repentino golpe de sol o la mayor proximidad, el caso es que la isla se ofreció radiante, jugosa, primaveral e invitadora. Nada tenía que ver con ningún paquidermo. Era toda jocundidad, toda recibimiento.

—Hace un buen día. Hubo suerte. No siempre es así — me advirtió el comandante sin moverse.

La isla se exhibía casi bajo nosotros. Era un alborotado descenso hacia el mar, lleno de vida como un niño que se acerca a retozar en una playa. (Quizá me equivoqué; aún no estoy convencido.) El avión viró a nuestra izquierda, y enfilamos la pista, que nacía y desembocaba al parecer en el mar, como si se tratase de un portaaviones. El joven copiloto se volvió, sin duda para observar mi reacción. Y seguía sonriendo. Yo lo miré un segundo y devolví mis ojos a la pista, no asustado pero sí perplejo. Antes de naufragar o de que el avión amerizara, giró a la izquierda nuevamente y se acercó al edificio, bajo y de color arena, de la terminal. Aún giró una vez más a la izquierda, y se detuvo poco a poco.

Cuando pisé tierra supe que había acertado al elegir la isla. (¿Había acertado? ¿Quién puede adquirir ninguna certidumbre hasta después?) La isla se brindaba generosa y sin doblez como una mano abierta. Las motas blancas se habían convertido en radiantes casas, volcadas por las laderas abajo, entre el húmedo verde de los plátanos. La mañana era risueña y soleada. Revestía, con un fértil panorama de

colinas que se inclinaban a beber en el mar, un interior desconocido, acaso un paraíso que era preciso descubrir.

Y me propuse descubrirlo. Aún no sé si acerté.

Me instalé en un aparthotel que me habían recomendado. La señorita de recepción puso sobre el mostrador mi penúltima novela y, aniñando la voz, rogó que se la firmara.

—Para Maite, por favor.

—¿Con y griega o latina?

—Con i corriente.

—Corrientes son las dos.

—Pues con la que más rabia le dé.

Por ninguna de las dos sentía una rabia especial.

Mi apartamento era soso y convencional, con muebles simples de maderas muy claras. Un salón con una minúscula cocina oculta por persianas venecianas, una mesa redonda que dificultaría mi trabajo —yo estoy acostumbrado a escribir en mesas rectangulares y muy amplias— y un tresillo tapizado de cretona floreada. A él daba un dormitorio con una sola cama bastante ancha y un cuarto de baño soportable.

Antes de deshacer el equipaje, abrí el gran ventanal. Su vista era un paseo junto al mar. En el agua reverberaban unas manchas de sol. El cielo se había nublado casi del todo; pero una luz de plata trazaba largas y estrechas zonas paralelas, deslumbrantes sobre la sumisa bandeja de plomo erizado en que el mar se había convertido. El horizonte aparecía de un gris enigmático bajo el más argentino de las nubes. El del mar era de distintos tonos, más perlados a medida que se acercaba a las rompientes, al contrario que el del cielo, que se entenebrecía según se alejaba de la línea final. La luz del sol se escapaba por algún ligero descosido azul y prendía fuego al agua que, imperceptiblemente, se alzaba hacia la luminosidad caída desde arriba como buscándola entre pequeñas olas. Refulgentes, las anchas

rayas de plata hervían y daban la impresión de surgir desde abajo, como si una ignición de fuego blanco brotara desde el fondo... Y la chispa encendida y no muy rápida de un avión —acaso el mismo que me trajo— atravesaba las nubes más plomizas y espesas. Me sentí, frente a aquel trozo de océano que contemplaba por primera vez, solo y abandonado. Me entristecí de súbito, pero no quise consentírmelo, y me dispuse a abrir las maletas y a distribuir los libros y la ropa.

Mientras lo hacía, me enumeraba los porqués de mi arribada a la isla, para evitar que una decisión gratuita me empujase a abandonarla al día siguiente. Sí, estaba solo; pero no por la novedad de la isla ni por la hora en que la luz de marzo decaía. No me sentía solo: estaba solo, llevaba tiempo estándolo. Venía en busca de sosiego y de tiempo para escribir por qué. Hacía seis meses que había muerto mi última amante, una muchacha pletórica de vida que me acompañó durante más de un año. Una leucemia me la arrebató en una clínica norteamericana. Recibí una carta suya, lenta y desesperanzada, unas horas después de recibir la noticia de su muerte. Y aquella muerte resucitó todas las anteriores que han sellado mi vida con su siniestro estigma.

Llegaba a la isla para escribir un libro —no, no una novela, sino una meditación— sobre las batallas que la muerte y el amor han reñido a mi lado. Desde el primer momento. Como si yo fuese una prueba de la omnipotencia del destino, cada vez que he puesto mis ojos y mi corazón sobre una persona, no ha tardado en morir. Casi entre mis brazos, o recién salida de ellos. Sobre mí pesa una fatídica maldición. Me aterra reconocerlo, pero lo debo hacer. Y lo haría mejor donde no tratara a nadie, donde nadie me iba a perturbar, donde los recuerdos me asaltarían no en tropel, sino cada cual a su turno. Desde aquella historia inicial, desde aquel amor de juventud con una mujer bastante mayor que yo, que creyó en mí y me apadrinó y me sostuvo, y también me mantuvo, hasta esta última muchacha. Desde

Martina hasta Sonia, pasando por los tres hombres a los que realmente he amado: Gabriel el escultor, Narciso el actor, y Esteban, que jamás conseguí saber a qué se dedicaba, si es que se dedicaba a algo diferente de mí. ¿Era mía la culpa de tan terribles coincidencias? ¿No coincide en la muerte cuanto vive? ¿Indagaré siempre sobre mí, como si la vida fuese otra cosa que una rampa encerada hacia la muerte?

Recojo aquí la nota que redacté aquella misma tarde antes de disponer, en los cajones del armario, suéteres y camisas. Como recogeré otras, redactadas más adelante, que conservo. Ellas tenían que configurar aquel libro al que nunca di forma definitiva.

No sé si he hecho bien determinándome a escribir esta obra. Voy a contar en ella mis muertos para contar mi vida, como si los capítulos de mi corazón estuviesen titulados cada uno con un nombre que ya no existe sino en él. ¿Cómo conseguiré —y osaré— transmitir la intensidad de un sentimiento transmitiendo el dolor que ocasionó su pérdida, o la pérdida de quien lo suscitaba? En definitiva, es cierto que quien corta una flor la inmortaliza. Mis amantes permanecen intactos dentro de mí, perturbadores y simultáneos dentro de mí, que temo enloquecer. Son la inmediata razón de la obra en que aspiro a reflejarme y a reflejarlos precisamente porque no se transformaron en aversiones, en rupturas u olvidos. O precisamente por lo contrario: porque me olvidaron, porque rompieron para siempre conmigo, porque me duelen todavía y me dolerán siempre. ¿Siempre? ¿Cómo pude entonces volver a amar después de la primera muerte? ¿Cuántas muertes han sido necesarias para convencerme de que hay en mí una fatalidad que condena a quien amo?

¿O no me estaré recreando acaso —como me agrada imaginar de cuando en cuando porque me alivia—, con

cierto masoquismo, en las viejas historias de mis placeres perdidos? ¿No miraré el presente como quien mira un campo embozado en cadáveres después de una batalla? ¿Habré reñido, pues, todas las que me correspondían? Quizá eso sea envejecer y sólo eso: no la vejez, sino la añoranza de los gozos que desaparecieron; no la pérdida de la juventud, sino desplomarse en el lado del recuerdo y no en el de la esperanza... Tengo cincuenta años: ¿a qué puedo aspirar más que a hacer el recuento de lo que tuve?

Los amores se acaban; los proyectos y los ideales mueren, declinan y se hunden; las más acendradas aspiraciones se evaporan. «Son cosas de la vida —se dice—: todo pasa.» Pero no nos damos suficientemente cuenta de que la vida, la que llamamos nuestra y no lo es, también pasa; de que nosotros avanzamos a la carrera por el camino de nuestra extinción. Y jamás regresaremos: no se renace nunca. Aparecerán otros hombres, otras mujeres, con ojos tan rutilantes y bocas tan sensuales, con tan sedosa piel como la que una vez acariciamos y nos conmocionaba, con piernas que acaso se enlacen con las nuestras —recuerdo la invencible tenaza de Martina— y dedos que se trencen con nuestros dedos, igual que los acuciantes de Esteban; pero ya no serán aquellos que perdimos. ¿Cómo no va a decapitar la misma muerte que nos decapita los más persistentes amores, proyectos, aspiraciones, justamente aquellos que parecían más consustanciales con nosotros? ¿Cómo van a durar más que nosotros nuestros amores o nuestros ideales? ¿Y es que serían más firmes por ser más duraderos? ¿Por qué empeñarse en permanecer idéntico, ensimismado, fiel a uno mismo, inmóvil si es preciso, cuando no nos desdeñará por eso la muerte, y de un tajo se ha de llevar consigo tanta fidelidad, y a quien la sostiene, o acaso es por ella sostenido? ¿Por qué entonces tal afán de supervivencia, la promesa del amor para siempre, el sucedáneo de eternidad que hincha nuestros corazones? Todo aquí se compromete para toda la vida, y concluye unos días des-

pués. O unos meses o unos años después, ¿qué diferencia hay si todo desemboca en la nada?

He cumplido cincuenta años. Tengo cincuenta años. Pero ¿los tengo? ¿De qué manera: los poseo o me poseen; los pierdo o me pierden ellos a mí? Y, puesto que aún estoy en este lado, ¿cómo es posible que Gabriel a quien tanto amé —creo— haya salido, tan sólo por morir, de mi vida? ¿Cómo es posible que yo no haya frecuentado más a Narciso tan sólo por el hecho de estar muerto, si tanto lo visité, casi irreconocible, en su clínica última? Ésa es la razón que me mueve a escribir este libro. Quiero desagraviar a quienes he amado. Quiero que sea un verdadero panteón de familia, al que me acerque y en cuya puerta deposite flores. ¿No se ausentó aquel loco de Esteban tan a menudo de mi lado y, a pesar de ello, siguió siendo, mientras vivió, el protagonista de mi vida hasta que un infarto lo detuvo en seco? ¿Qué diferencia hay entre no estar a mi lado y estar muerto? ¿No estuvo lejos de mí Sonia, ya enferma, tanto tiempo casi como el que estuvo cerca? Y la fuerte Martina, nacida para proteger —para protegerme, me decía—, que una noche, en la boda de un amigo, donde no pintaba nada según ella, tuvo un pronto de celos al verme bailar en broma con un poeta, y cogió su coche, y lo condujo locamente, y se estrelló en la avenida de América, en Madrid, a la altura de un extraño bar llamado Giovanna que la sobrevivió, aquella fuerte Martina, ¿dónde está? ¿Me continúa protegiendo? ¿Vive todavía a mi través? Ella que fumaba a un tiempo tres o cuatro cigarrillos, ¿ha dejado finalmente de fumar? ¿Qué importancia anuladora y conclusiva tiene la muerte? Sería preciso reflexionar sobre eso. O que alguien nos diera una respuesta comprensible.

¿Es verosímil que lleguen a sernos indiferentes los muertos que amamos con locura, que obedecemos o tiranizamos, que estrechamos con nuestros brazos mientras los suyos nos estrechaban, cuyas expresiones de amor coincidieron con las nuestras entre jadeos y sollozos? La pancrea-

titis de Gabriel, por ejemplo, fue más poderosa que la totalidad de mis sentimientos y los suyos juntos: no consiguieron retenerlo ni un minuto más de lo previsto antes de que naciera. Como el sida que se llevó a Narciso el actor, a quien nuestra separación no impidió que lo siguiese amando, compadeciendo, añorando sus extrañas caricias soñolientas y lúcidas, su manera total de desnudarse como si sus ropas las prendiese con un solo botón, su sonrisa que le doraba la cara y daba su sentido a las largas noches de la espera...

¿Y nada podrá despertarlos? Aunque hayan perdido su vida, o la vida los haya perdido, ¿nada podrá hacerlos revivir en la mía? ¿Ni a Martina y su cuerpo bronceado, ni a la rubia y alabastrina Sonia, ni a los muchachos que sin mesura alguna me besaron? ¿Sólo queda la absoluta parálisis, completamente inútil, del recuerdo?

La muerte acaso no sea una enfermedad incurable que consista en hacernos invisibles; quizá se salga de ella y se regrese. ¿Por qué va a ser la muerte lo único inmortal? Cuántas veces, cuando el amor flaquea y se distancia, recurrimos con el pensamiento a la muerte como el más riguroso punto final, el más irrefragable desahogo. Y, no obstante, la muerte de quien amamos, para ser en verdad eficaz, no sólo tendría que apartarlo del mundo, de la lluvia y de la luna que caen sobre la tumba de Gabriel, del aroma de las rosas y del canto de los pájaros que trastornaban a Sonia, y el cambiante color de los crepúsculos en los que se remozaba la hipotensa Martina, sino que tendría que matarlo asimismo dentro de nosotros. Si no, a pesar de todo, estará más vivo que nunca, puesto que ya sí que nos pertenece por entero sólo a nosotros, sin fisura ni escape; puesto que ya sí se ha quedado fijo como en una fotografía, y es más que nunca producto de recuerdos, lo mismo que una ruina de nuestra propiedad en la que ahondamos sin tregua y en la que la memoria es capaz de encontrar, por imprevisibles pasadizos, innumerables posibilidades de dolor.